

## Córdoba en el centenario de Ortega y Gasset

\* \* \*

Por Enrique LUQUE RUIZ

Un clamor de admiración ha despertado el centenario del nacimiento de don José Ortega y Gasset. Su extensa labor sembró en España ideas renovadoras del pensamiento europeo, a través de sus conferencias y publicaciones.

Con estas notas sencillas sólo pretendo recabar para Córdoba algunos de sus años juveniles, en los que pudiera haberse marcado la impronta del medio ambiente, en su magnífica estructura cerebral.

La prosa orteguiana está impregnada del arte estilístico del modernismo y estudiada por especialistas que reconocen sus atractivas metáforas; María Rosa Alonso estima que el simbolista Mallarmé, al expresar que las palabras no deberían ser nombradas, sino suplidas, dio pie a la definición que Ortega hizo de la poesía: «eludir el nombre cotidiano de las cosas».

El padre de Ortega, don José de Ortega y Munilla (1856-1922), había nacido en Cuba, y su abuelo Ortega Zapata, fue juez de la villa de Cárdenas. Hizo escarceos literarios muy interesantes, mencionados por su biznieto Ortega Spottorno (don José). Entre ellas poseemos *El Fauno y la Driada*, *La cigarra*, los diversos cuentos como *La pena rubia*, *Sueño arquitectónico*, *El incendio*, *El sueño de una noche de octubre*, *Mi prima Antonia* y *El 4.444*. No hemos logrado *El salterio*, *Don Juan Solo*, *Viñetas del Sardinero*, datos suficientes para comprobar que sus publicaciones fueron abundantes.

Ortega Munilla se dedicó pronto al periodismo, demostrando especiales cualidades. Los debates de Albareda fueron su bautizo de letras, elevándolo rápidamente a la dirección de *El Imparcial*, diario de gran actualidad que le proporcionó apasionadas discusiones. Pertenecía a la Real Academia Española y durante algunas temporadas fue crítico taurino, de donde nació la afición de don José por los toros, al acompañar a su padre como espectador. Tuvo la satisfacción de tratar algunos toreros despertando su admiración por Lagartijo y su amistad con Domingo Ortega, diestro con gran personalidad que ocupó muchas horas de convivencia y conversación sobre temas de ac-

tualidad, lo que hizo decir a don José: «Nos ayuda al descubrimiento de los tesoros que guardan no pocos hombres».

Los hechos más relevantes o trascendentes de la juventud de don José los sabían sus hermanos, por referencia de uno de ellos, Manuel, su gran admirador. Todas las suspicacias propias de las dos épocas que diferenciaban al padre y al hijo, se acabaron cuando le oyó hablar en la Asociación Cultural Argentina, quedando sorprendido de su gran facilidad de expresión.

Un caudal de sugerencias se derramaba en la sobremesa de la cena, cada día más prolongada, con asistencia de amigos periodistas y políticos.

*El Imparcial*, lo fundó don Eduardo Gasset y Artime (1832-1834), de quien recibió don José sus genes gallegos, así como los andaluces procedían de los Chinchillas.

Don José Ortega Munilla vino a Córdoba por varias razones: una, como tratamiento médico de su depresión; otra, por la recomendación hecha por el insigne Profesor Charcot (1899) a su señora, doña Dolores Gasset Chinchilla,



*Chalet de la Avda. de Cervantes, edificado por don José Ortega Munilla.*

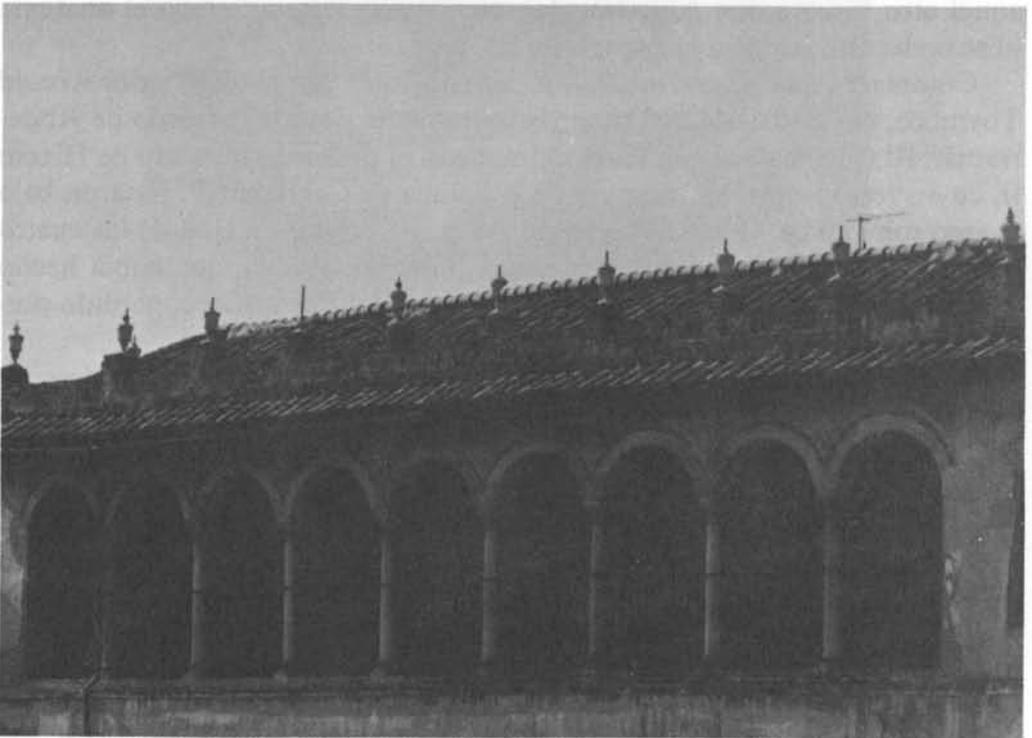
que padecía una astenia a consecuencia de los partos, siéndole recomendado a ambos, y para nuestro orgullo, pasar los inviernos en la sierra de Córdoba; y una tercera, para dirigir el diario *La Lealtad*, patrocinado por el conde de Torres Cabrera, ilustre paisano, del que se ha conmemorado recientemente el centenario de la extracción del azúcar de la remolacha, obtenida, por vez primera, en los predios de Alcolea.

Provisionalmente se alojaron en el Hotel Simón, hasta que por cuenta propia edificaron un chalet en la avenida de Cervantes, cuyo cuaderno de cuentas, guardado cuidadosamente por sus nietos, se ha traspapelado. Cuando se marcharon, esta vivienda fue ocupada por el teniente coronel del regimiento de caballería de Villarrobledo (anterior al de Lanceros de Sagunto), don Juan Saénz de Haro, hombre culto que distraía sus ratos de ocio dando clases de inglés. Después fue adquirido en pública subasta por los señores Cruz Conde, pasando posteriormente a ser propiedad de la familia de Manolete.

Entonces don José era pequeño y, para no perder tiempo en su educación, asistió al colegio de don José del Río de la Bandera, en el número 11 de la calle Fitero, el punto más alto de Córdoba. La entrada era a través de un patio con abundantes naranjos, cuyo azahar en primavera perfumaba el aire tan intensamente, que aquello quedó grabado para siempre en el recuerdo de don José. El magnífico pedagogo era un madrileño con su cara clásica y con un dedo pequeño supernumerario del meñique izquierdo, detalle recordado por todos. Era inspector de primera enseñanza, equiparable en su buen estilo a aquel otro insigne don Antonio Montero Nieto, del que quedó el anatema «Ese no ha estudiado en la Escuela de la Compañía».

Córdoba es una ciudad de destino, así calificada por el historiador Arnold Toymbee, cuya edad de oro sitúa concretamente desde el reinado de Abderramán III (912) hasta la época de Almanzor, el poderoso ministro de Hixem II, cuyos restos mortales, después de la batalla de Calatañazor, pasaron bajo el arco romano de Medinaceli, no pudiendo precisarse en cuál de las cuatro colinas fue sepultado. Visité aquel lugar, enterándome de que había hecho excavaciones con tal fin, sin lograrlo, el académico compañero, perdido prematuramente, don Rafael Fuentes Guerra.

La población de Córdoba era muy heterogénea, perfectamente descrita por I. de las Cagigas. Toymbee, relata un pasaje muy bello de una esclava de 16 años, extremadamente hermosa, inteligente y pura, que con extraordinaria habilidad soslayaba las acechanzas que su atractivo y bello rostro provocaba en todos los que tenían la dicha de contemplarla. Solamente se iluminaban sus facciones, cuando su señora le rogaba cantase acompañada de laúd o recitara, cosa que hacía con un encanto especial. Pues bien, estos saraos o reuniones, donde la cautiva lucía sus encantos, era en una de las tantas y bellísimas mirandas o arquerías, situadas a todo lo largo de la cornisa de la colina romana, que corresponde aproximadamente (la de la foto) a la casa solariega que fue de los Condes de Salazar, hoy Jesús Abandonado. Esta bella arquería, se compone de nueve arcos, pero está seguida de otras tres o cuatro más, formando un conjunto que desde pequeño ha llamado mi atención, por



*Bella arquería o miranda de la casa que fue de los condes de Salazar.  
(Fotos del Dr. Hugo Infante).*

su originalidad y elegancia. Concurren en este punto otras circunstancias, una escalera denunciando la perforación de la muralla, con puerta de entrada por la calle de la Feria, entre los números 24 y 26, que utilizaba en mi juventud y que atrevasando el café Suizo, nos llevaba a la calle del Reloj. Y últimamente me han referido que frente a dicha puerta de la escalera y en un almacén de muebles, hay un sótano, que da acceso a una galería visitable, que sigue la dirección hacia la Cruz del Rastro. Este fue sin duda un punto crucial de Córdoba. Por dicha escalera burló a la policía cuando iban a detenerle Olavide, pretextando que iba a los aseos.

El ilustre historiador Toymbee, cuyo nombre ostenta hoy la antigua plaza de la Concha (don José Gutiérrez de la Concha, capitán general de Cuba y marqués de La Habana?), fue el tema principal con el que apareció Ortega, después de una larga ausencia en Alemania, utilizándolo en varias y atractivas conferencias que, con su gentileza, despertaban gran interés en el auditorio, al que sorprendía siempre con inesperadas conclusiones.

En cierta ocasión un cordobés de pro y buen amigo, don Baldomero Moreno, gran observador, comprobó en la carta de embarque del avión que iba a Frankfurt su nombre, sentándose junto a él y recogiendo su simpatía a Córdoba y su gran amor por Alemania, a la que debía lo que era. Se refería en mi época haber sido elegido, como uno de los doce filósofos que mejor dominaban el alemán, para un cursillo en Viena. En el transcurso del viaje manifestó que había sido requerido por don Manuel Enríquez Barrios, entonces ilustre director de la Real Academia, para que escribiese la Historia de Córdoba, una de las ciudades de más amplia solera. Por ello y por su falta de tiempo, se consideró incapaz de hacerlo, perdiendo una oportunidad única en nuestros anales. Hay también que reseñar un artículo publicado por ese enamorado de su tierra, que es don Rafael Castejón, hablando sobre don José Ortega y Córdoba.

Don José abrigó la ilusión de torear, y estuvo a punto de hacerlo en una becerrada, celebrada en la placita de Cañero en 1932. En la foto del archivo de don Alfonso Cruz-Conde, lo vemos apuesto, con su sombrero netamente cordobés, terciado el capote de brega, en actitud muy torera, junto a Machaquito. La edad de la vaquilla y su acometividad, le hicieron desistir, por el peligro que llevaba consigo, a lo que se unió la imperativa voz del cocinero, que llamaba apremiantemente: «el arroz está para comer».

En el libro de oro de los marqueses de Peñaflor, de la finca de los Angeles, se sabe hay una dedicatoria de Ortega Munilla, pero como todo pasó a la Fundación del Seminario (de los Angeles), dicho interesante libro por ahora está traspapelado, según me dijo don Manuel Nieto Cumplido.

Es muy conocida la existencia de cierta contrariedad que se respiraba en los medios literarios por el aislamiento de nuestro monarca Don Alfonso XIII. La gran predilección que por entonces gozaba la marquesa de Villavieja, se ofreció para organizar por sí misma una comida, a la que asistió con su campechanía habitual el rey. Colocaron a su lado a Ortega y cuando empezaba la comida le preguntó amablemente: «¿Y tú qué cátedra explicas?» (sólo hablaba de usted a don Antonio Maura), a lo que don José respondió cortés,



(Foto de archivo cedida por don Alfonso Cruz-Conde)

pero secamente: «Metafísica». Y S. M., con su gracia habitual, respondió: «Arrea», causando simpatía la expresión de su espontánea sorpresa.

El VIII centenario del nacimiento de Maimónides se conmemoró en Córdoba con diversos actos y, entre ellos, con una corrida de toros el día 31 de marzo de 1935, cuyo cartel está en el Museo Taurino, con ganado de don Indalecio García y actuando don Antonio Cañero, «El Niño de la Palma», Vicente Barrera y Fernando Domínguez, a la que se dice asistió don José.

En Madrid disponía Ortega de un salón en el piso alto de la actual Espasa Calpe, denominado «El Olimpo», donde afirmó que en Córdoba se había olvidado la inigualable larga lagartijera, única por su elegancia y arte. Dispensadme refiera una anécdota que demuestra la estimación de que gozaba Lagartijo, referida por el ilustre escritor don Pascual Millán, en el número 172 de *Sol y sombra*.

Zorrilla consiguió que Gayarre cantase para él en su casa. El gran poeta recitó sus mejores poesías y Gayarre interpretó sus más bellas canciones. Un ilustre personaje que asistía dijo: «Nada, que en España no hay más que tres nombres grandes: Lagartijo, Zorrilla y tú». «¿Y qué lugar ocupo entre ellos?», preguntó el roncalés. «Pues coloca a Rafael el primero y ponte después en el que te dé la gana».

Aquellas largas inimitables de su nombre, llevando la intención del toro en la punta de los pliegues de su capote, los quites hechos únicamente con la montera, el paso atrás en la hora de la verdad, etc., eran manifestaciones de su inigualable inteligencia.

Lagartijo reunía en su toreo, inteligente y adornado, la reposada gallardía de Paquirro, la agilidad de Chiclanero, la astucia de Cúchares, el gracejo de El Tato, la elegancia de Cayetano; y en otro artículo se le elogiaba diciendo:

«Rafael fue para el toreo, lo que Velázquez y Goya para la pintura, Tamberlik y Gayarre para el canto, Latorre y Romea para la escena». Y todo esto unido a su generosidad sin límite, hecho por añadidura en la lidia de 5.000 toros, determinó la gran estimación que Ortega, por su espíritu selecto, sentía por este gran «Califa». Igualmente nuestro poeta de las ermitas, don Antonio Fernández Grilo, le dedicó un precioso soneto, donde se refieren, además de sus méritos, el nacimiento junto a la ermita del Cristo del Pretorio.

Recordaba con alegría su infancia, referida en las frecuentes visitas a Córdoba donde contaba con un numeroso grupo de admiradores y amigos, a los que veía con frecuencia en el café Madrid, situado en el Gran Capitán, pasado el actual Banco de España, donde estuvo el clásico Cine de Ramírez. Allí se reunía una peña denominada «La Barbarie», adjetivada más tarde como la «Barbarie organizada». Eran asistentes: Antonio Hidalgo, propietario del café, Joaquín García Hidalgo, Enrique Moreno, escultor y verdadero ejemplar de autodidactismo, Juanito García Lara, Julián Roldán Arquero, Psi-



*Ermita del Pretorio (Foto Dr. Hugo Infante)*

quiatra, el Maestro Benavente, José Medina Navajas, Rogelio Luque, librero, Díaz Canedo, secretario del Ayuntamiento de Aguilar (y hermano del director de la Fundación Valdecilla de Santander), etc., peña donde había libertad de pensamiento y que casi siempre y a través de Juanito García Lara, presentaba a don José sus discrepancias para que él con su claro juicio las dirimiera.

### A Lagartijo

Le canta el pueblo en su cantar sonoro.  
 Le adora como a un dios la tierra baja.  
 No hay lienzo en marco ni viñeta en caja,  
 que no ostente su busto con decoro.  
 Rey de la arena, vencedor del toro,  
 nadie en valor ni en garbo le aventaja  
 y lleva entre los pliegues de su faja  
 la Virgen pura cincelada en oro.  
 Del Pretorio nació junto a su ermita  
 y es tan profundo el culto verdadero  
 que le rinde su Córdoba bendita,  
 que cuando al redondel sale el primero,  
 la torre de la arábica Mezquita,  
 parece que se viste de torero.

ANTONIO FERNANDEZ GRILO

En las Cinco Calles había una taberna del popular Juan Benítez (próxima estaba su primera bodega, en la nave de una antigua capilla de la calle Carlos Rubio), a la que pusieron «El Conocimiento», nombre que llamaba la atención de don José, preguntando el por qué de esta denominación. Recordaba don José para su satisfacción, que a diario coincidía con un compañero catdrático que le hablaba de temas cordobeses, despertándole sus recuerdos.

Don José nació en 1883 y murió en 1955 a los 72 años. Córdoba no puede olvidar su afecto, condensado en el célebre canto a sus ermitas, aparecido en las páginas 421-424 del tomo I de sus *Obras completas*.

Su madre era doña Dolores Gasset Chinchilla, prima segunda o tercera de doña María Chinchilla, a quien pertenecía el cortijo de Don Sancho y Ramirillo, en Puente Genil, que se casó con su sobrino, es decir, el hermano mayor de los Ortega Gasset, Eduardo, hombre listo, pero impetuoso, exiliado por dos veces: una a Hendaya, con Unamuno, en la dictadura de Primo de Rivera, y otra a Cuba, ante la guerra civil. Este matrimonio se deshizo después acogién-dose a la Ley de la República, y entonces Eduardo se casó en segundas nup-cias con Adela Gómez, madre de cuatro hijos, con quien compartió todo el exilio y junto a la cual murió en Caracas (Venezuela). Tanto a la abuela Do-lores como al tío Eduardo, le sorprendió la guerra en Madrid, y allí estuvie-ron hasta que la abuela pudo reunirse con todos en París, siendo acompañada y cuidada por su hija Rafaela Ortega y Gasset, única hermana de don José, que fue un verdadero ángel tutelar para toda la familia. Eduardo salió de la zona republicana, casi al final de la contienda, reuniéndose con todos en Pa-

rís, de donde marcharon a Buenos Aires en septiembre de 1939. Eduardo, con su familia, lo hizo más tarde, en el último barco de refugiados españoles que financió la diputada inglesa Lady Astor. Se refugió en Cuba y de allí pasó a Caracas años después, donde falleció en 1965.

Un poco antes de abandonar París, rumbo a América, no terminada aún la guerra civil española, pero amenazando ya el estadillo de la mundial, la abuela Dolores y la tía Rafaela entraron en España, en la zona nacional en espera del final de la guerra, para reintegrarse a su casa de Madrid, instalándose provisionalmente en el molino de Puente Genil, de María Chinchilla, separada ya hacía muchos años de Eduardo, pero que por parentesco seguía conservando una estrechísima relación con quienes habían sido su suegra y su cuñada. Su encargado Antonio Carmona y su mujer Consuelo, muy jóvenes entonces, atendieron cariñosamente a doña Dolores y a su hija, muy especialmente a la primera al fallecer en dicho molino, terminada ya la guerra, pero sin que la vida le diese tiempo para volver a Madrid. Tuvieron amistad con el canónigo y deán de Coria don Francisco de P. Velasco Estepa, a quien conocimos personalmente, y familiares, de los que recibió atenciones sin número. Falleció a consecuencia de una bronconeumonía el día 23 de abril de 1939, a los 79 años de edad, conservándose su lápida en el cementerio de Puente Genil.

Los datos familiares que hemos detallado nos los ha facilitado la inteligente directora de la Fundación José Ortega y Gasset, Soledad, hija de don José, a quien nunca agradeceremos bastante su gentileza.

Es posible algún error en estos datos, recogidos la mayoría a lo largo de muchos años. Las cosas pasan, cambian sus palabras y su color, pero siguen siendo las mismas. El pensamiento de Ortega sigue vigente y cuando cumplía los 70 años en 1953, sus discípulos lo celebraron con un ciclo de conferencias denominadas «El Estado de la cuestión» (Joaquín Vila). La prosa de sus años ecuatoriales es un verdadero monumento de la literatura española.

Falleció de un proceso gástrico cuya extensión permitió hacerle solamente una derivación, que ejecutó con todo cariño el ilustre cirujano Dr. Duarte, quien posteriormente recibió de la familia un folio escrito por don José en bello marco de plata, que preside su mesa de despacho:

«Hace un cuarto de siglo escribí mi libro *La rebelión de las masas*, al que se ha prestado en todo el mundo una atención excesiva. Es excesiva porque, aun conteniendo el libro algunas visiones certeras y una lista de profecías, que por su desventura se han cumplido, como libro vale bastante poco. De suerte que el favor que ha gozado y sigue gozando en todo el mundo, significa para mí, dicho francamente, una objeción contra el mundo. Pero si ahora hago a él referencia, es sólo para advertir que aquel libro no habla sólo de las masas y de su rebelión, sino que lleva dentro una segunda parte no suficientemente reconocible en las ediciones alemanas con no haberse destacado su título particular que es éste: «¿Quién manda en el mundo?». En esta segunda parte anunciaba lo que venía muy cerca, la hora en que los pueblos de Occidente corrían el riesgo de sucumbir, si no lograban superar la forma de vida colectiva en que desde hace siglos vivían, a saber: la nación, lo mismo que

Grecia y Roma sucumbieron por no saber trascender en tiempo oportuno la idea del Estado-Ciudad de la Polis a la Urbis».

«Ahora bien, esta forma tradicional de convivencia que ha sido la nación, no puede ser superada si no se tiene una idea muy clara de lo que es ser nación. El intento de aclararlo un poco, me obliga a comenzar diciendo algo sobre Europa, pues sólo sobre el fondo que es Europa, puede recortarse, y perfilarse con claridad, la idea de nación».

Y termino agradeciendo a ustedes y a «ustedas», como decía Ortega, la paciencia de leer estas notas, que no tienen otro mérito que unir a Córdoba el recuerdo de esta gran figura de Ortega en el centenario de su nacimiento.